

manes, Isaza, Suárez (don Marco Fidel), Henao y otros pocos buenos hablistas, débese la provechosa reacción a que he aludido; reacción sin la cual no hubiéramos llegado al punto en que nos hallamos, de estrecha confraternidad literaria con la madre España.

Pero para facilitar nuestra obra, sepamos ser cristianos, y por lo mismo, pacíficos, benévolos y tolerantes. Trabajemos por cimentar a todo trance la paz, madre fecundísima de la libertad, la industria y el progreso; no demos cabida, en el santuario de las Letras y las Ciencias, a la soberbia que nos vuelve hurafios, ni a las iras de las pasiones políticas, que nos engendran odios; consideremos siempre que la fraternidad de los espíritus en su peregrinación hacia la eterna Luz, es incompleta sin la fraternidad de los corazones; ¡y no olvidemos que Dios ampara siempre con su misericordia los grandes esfuerzos guiados por las grandes virtudes!

---

## RESPUESTA A JOSÉ MARÍA SAMPER

Por JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

Si para nuestro nuevo colega es tan grato no tener, al tomar su puesto en la Academia, que evocar fúnebres memorias, no lo es menos para mí el saborear las muy dulces que hace nacer el cuadro que acaba de ponernos a la vista. Y confieso que el patriótico interés por el desenvolvimiento de la literatura en nuestro suelo no es lo que comunica mayor encanto a las reminiscencias, que agradablemente encadenadas, forman parte del discurso que acabamos de oír. El ha excitado en mi corazón juveniles afectos, ya amortiguados por el tiempo, haciendo desfilar por delante de mi imaginación las sombras queridas de muchos amigos a quienes no he de volver a ver en la tierra, o que se hallan ausentes, o que por cualquier caso se han convertido para mí en extraños, con quienes el señor Samper y yo vivimos ligados en una época en que amábamos la poesía como voz y lenguaje del corazón, como expresión de los sentimientos que hervían en nuestros pechos.

Pero por muy apacibles que para mí hayan sido estas impresiones, y por más grande que sea la certidumbre que abrigo de que de ellas han debido participar muchos de los circunstantes, no me es lícito en esta ocasión extenderme más sobre ellas, por lo que tienen de personal. Más propio del lugar y del acto presente será encarecer la oportunidad y la destreza con que el señor Samper ha sabido resumir en breves términos copiosísimos e interesantes datos para nuestra historia literaria, haciendo que una mirada sola abarque todos los progresos que en el período de mayor actividad ha hecho entre nosotros la amena literatura. Ninguno podía mejor que él trazar el cuadro que hemos contemplado: ninguno ha tomado tanta parte como él en el movimiento literario, ni la ha tomado tan constante-

mente; ni su amor a las Letras se ha entibiado un solo instante; ni ha habido atenciones domésticas, ni tribulaciones, ni prosaicas tareas, ni luchas políticas, ni marciales fatigas que le hayan hecho caer de la mano la pluma y el plectro.

Esta laboriosidad y esta constancia en el cultivo de las Letras es, en su sentir, el mérito que la Academia ha querido premiar, al llamarlo a su seno. Por extremo ambicioso se muestra al echar de menos, como parece hacerlo, los lauros que otros ganan luciendo erudición y ofreciendo en sus trabajos modelos de aquel atildamiento y primor que solemos admirar en escritos elaborados a sabor y espaciosamente, con aquel sosiego, en aquel lugar apacible y con aquella quietud de espíritu que son grande parte para que hasta las musas más estériles ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla.

La misma abundancia y variedad de las producciones del señor Samper están patentizando cuál ha sido la agitación de su vida y cuál la parte que ha tomado en nuestra perpetua lucha política. y en cuanto ha interesado a nuestra sociedad y a nuestro público.

La armonía que vemos reinar en el mundo moral e intelectual se debe en grandísima parte a la diversidad de vocaciones: unos son llamados a la vida activa, y a éstos dota la Providencia de movilidad y ardimiento, a fin de que se hallen a la vez en todas partes, de que inflamen los ánimos, cuando lo pida la ocasión, con palabras de fuego; para que arrebaten los corazones con cantos salidos del corazón; para que a su tiempo den el ejemplo de la acción y se arrojen primero a ejecutar las empresas que hayan encomiado o a defender los principios que hayan sostenido. Otros son llamados a pacíficos estudios, y éstos se hallan dotados de cierta curiosidad, pueril a los ojos de los que van arrastrados por los torbellinos que agitan al mundo, pero noble y fecunda y engendradora de las ideas y de las invenciones que salen a avivar todo movimiento; curiosidad que da importancia a las cosas menudas que pueden ser materia de prolija investigación, se hallan dotados de paciente laboriosidad, que se da por recompensada cuando, tras las vigiliass de largos años, halla una fórmula que puede escribirse en una línea, o el medio de suprimir un tornillo en una máquina grande y complicada; se hallan dotados de una serenidad de ánimo mediante la cual les es dado no distraerse de sus solitarias y calladas lucubraciones, aunque a la puerta de su retrete rujan las tempestades que conturban la atmósfera o las que levantan las pasiones de los hombres.

Por harto afortunado debe tenerse el que sintiendo una de estas vocaciones, halla en sí las facultades que ha menester para corresponder a la suya. Harto mérito tiene y tiene harto derecho a las distinciones con que la República literaria suele honrar a sus próceres, quien, como el señor Samper, entregándose a la vida activa en servicio de su Nación, da a la palabra todas las formas de que es susceptible para sustentar sus principios con rectitud de conciencia; para hacer amar lo bello; para perseguir la iniquidad y para impulsar todo adelantamiento.

Para mí, oír al señor Samper quejársenos de que no se nos puede presentar aquí con diplomas de erudito, de humanista o de filólogo, es lo mismo que sería oír a nuestro Rufino Cuervo lamentarse de que no era tribuno, ni orador parlamentario ni fogoso poeta.

Pero ¡qué! ¿Entre los que pertenecemos a las Academias de la Lengua, no somos muchos los que podemos envidiarle al señor Samper glorias de aquellas que él no quiere contar entre las suyas? ¿En nada habrá de tenerse el ser autor de una de las rarísimas piezas dramáticas nacionales que han captado el aplauso de nuestro público y que éste ha hecho repetir de una manera insólita? ¿Los ingeniosos bocetos en que ha fijado para siempre la fisonomía moral, y hasta la física, de muchos de sus conciudadanos, podrían haber sido fruto de un talento inculto? ¿Sus arengas en el Congreso de la República en 1876, no le colocaron entre los oradores capaces de adornar bizarramente los arranques del intrépido y ardiente patriota con todas las galas que ofrece la lengua castellana? ¿Sus libros de viajes y sus novelas, señaladamente la del *Soldado-Poeta*, no deleitan a los lectores como los libros de gran fama? ¿Qué no daríamos los aficionados a escribir bagatelas por poder estampar nuestro nombre al pie del artículo *Literatura fósil*, en que el señor Samper la bautizó y en que con sólo bautizarla la estigmatizó para siempre?

Nada diré de sus composiciones en verso, poderosa reserva que le quedaría si todo lo que ha escrito en prosa viniese a faltarle; porque se juzga de ordinario que la poesía, a lo menos por sí sola, no da títulos para pertenecer a las corporaciones sabias, en que se trata únicamente de la conservación y pureza del lenguaje.

Puede que entre sus obras parezcan pocas las de mérito literario: son tantas las que ha producido, que aquello no es extraño: en donde hay mil cosas de una especie entre cien mil de otra, parece que no hay ninguna de las primeras. Si se formase una colección de lo excelente que ha escrito el señor Samper, esta colección (que nunca dejaría de ser abultadísima) no podría leerse sin admiración.

Al discurrir nuestro nuevo colega sobre el desenvolvimiento de varios géneros literarios, ha afirmado que el de la dramática era entre nosotros casi nulo en cierta época, e insinúa que la aparición de compañías de verso habría debido darle vigor e incremento. Esto me ha sugerido la idea de que sería curioso, y acaso útil, indagar por qué nosotros que abundamos en trabajos históricos y biográficos y de viajes; en obras didácticas; en libros y disertaciones sobre las ciencias políticas, morales, filosóficas y eclesiásticas; en periódicos políticos, religiosos, literarios y de todos los linajes imaginables; nosotros, que sobreabundamos en poesía lírica de todas las denominaciones conocidas y de otras muchas más, nos hayamos mostrado tan estériles en materia de composiciones dramáticas.

Afirmo esto, no sin hacerme cargo de que, según los datos acopiados por nuestro diligente bibliógrafo don Isidoro Laverde Amaya, y por otros allegados muy recientemente por nuestro Secretario don Rafael Pombo, llegan casi a doscientas las piezas nacionales. Pero, fuera de que este número no es crecido, si se compara con el

de nuestras producciones de cualquiera otra clase, el mérito de las más de tales piezas es tan escaso que si con poseerlas nos ufanáramos, haríamos lo mismo que el labrador que se ufanase al contemplar un sembrado profusamente cubierto de vana hojarasca. . . .

Confío en que la memoria de mis oyentes estará ya repasando los nombres de las piezas malas que en nuestra tierra se han dado a luz, y ahorrándome la pena de mencionarlas. Con más facilidad se hará recuerdo de las buenas; ¡con demasiada facilidad! Y aun entre las poquísimas que pueden calificarse de buenas, hay algunas recomendables solamente por el buen gusto que las ha preservado de defectos, pero que no ha alcanzado a dotarlas de singulares perfecciones; en casi todas faltan la originalidad, la animación, el lenguaje apasionado, las situaciones altamente dramáticas o cómicas; el medio (con que tan difícil es acertar) entre el lirismo y la elocución pedestre; el diálogo vivo en que de cada palabra brote una emoción; en suma, el no sé qué que caracteriza las piezas que nos cautivan; que excitan en nosotros los afectos que se ponen en juego; que, llevándonos de sorpresa en sorpresa, van haciendo crecer nuestro embeleso, y que, gracias a todo esto, ganan duradera y extendida fama. La desazón que experimento al tener que declararlo así, agravando a varios y muy queridos amigos, se mitiga con la satisfacción de poder señalar entre las honrosas excepciones una pieza cómica del señor Samper a que me referí más arriba, pieza que ha pasado lucidamente por la única prueba en que de veras se aquilata una obra escénica, la de verse muchas veces ejecutada y aplaudida. Me complace en apuntar otra excepción; el drama *Cuerpo y Alma* de don Carlos Posada, representado hace muy poco en esta ciudad, con éxito no inferior al de las mejores piezas. Acaso habrán quien repare en que no me he acordado de *Las Convulsiones*, de Vargas Tejada: confieso que con gusto las he visto representar; pero también quiero se me confiese que un país en que *Las Convulsiones* descuellan ha de ser harto pobre en achaque de literatura dramática.

Varios son los pareceres de los entendidos acerca de la causa de esta nuestra pobreza. No ha sido el señor Samper el único que ha echado la culpa de ellas a la falta de compañías que ocupen nuestra escena. Pero hay muchos otros países en que de continuo trabajan actores sobresalientes, sin que ello haya servido de estímulo a sus ingenios; porque es de notarse que en todo el Nuevo Continente, desde el Cabo de Hornos hasta la península de Alaska, se adolece de la propia esterilidad que en esta Atenas americana, en que dizque abunda el talento, pero en que andan escasos los *talentos* para pagar buenos actores.

Y si por vocación, por inclinación, o por sentirse con las facultades necesarias, hubieran de consagrarse nuestros ingenios a componer obras teatrales, no lo omitirían, ciertamente, por no tener seguridad de que éstas habrían de ser puestas en escena. Si no podemos presumir de sabios ni de consumados escritores, nosotros nos llevamos la palma en cuanto a desinterés. Nosotros consumimos gustosísimos gran parte de nuestro tiempo, de nuestra salud y de nues-

tra hacienda en empresas y labores literarias, sin aspirar a otra satisfacción que la de ser elogiados por cuatro amigos. Sacerdotes del templo de las Musas, costeamos de nuestro peculio el incienso que quemamos al pie de sus altares.

Sienten otros que si aquí no se escribe para el teatro es porque carecemos de argumentos nacionales. Es ciertamente difícil hallar en nuestra sociedad y en nuestra historia asuntos trágicos o dramáticos. Nuestra sociedad es tan semejante a las europeas, que toda acción trágica o dramática que expongamos en la escena, será tan colombiana como francesa o española. Poco importa que un autor haga pasar la acción en Bogotá, en Medellín o en Cartagena, y que ponga a sus personajes nombres y vestidos indígenas: el argumento, los incidentes, las pasiones y los hombres siempre resultarán cosmopolitas.

Y esto mismo está poniendo de manifiesto lo poco que los que se sienten con fuerza para ser autores deben curarse de si los argumentos han de ser nacionales o extranjeros.

La historia de los aborígenes americanos no brinda con argumentos, porque de ello sabemos tan poco, que si probamos a sacar a las tablas hechos suyos, haremos algo por el estilo de lo que hizo el buen Solís cuando puso en boca de Jicontencal y de Magiscatzin, arengas de senadores romanos. Y Dios sabe si, aunque conociésemos por sus cabales la historia de los antiguos pobladores de estas comarcas, hallaríamos en ella cosa digna de ser representada. Varios granadinos o colombianos del primer cuarto de este siglo hicieron la prueba y sólo merecieron gratitud por habernos preservado, con el ejemplo de lo que les acaeció, de toda tentación de disfrazar de europeos a los indígenas americanos para hacerles parodiar en el teatro el lenguaje y los actos de la gente culta y hasta los sentimientos caballerescos propios de los siglos medios.

La historia de la conquista y colonización de estas regiones y las de todo lo que a ellas ha seguido, deben ser forzosamente tan fecundas en hechos *dramatizables* como cualquier otra historia. Mas si escogemos hombres blancos y acontecimientos de ahora ha doscientos o trescientos años, no haremos otra cosa que sacar personajes españoles a un escenario americano. Si ocurrimos a la época de la guerra de independencia, podremos servirnos de personajes nuestros, pero históricos que se introduzcan en obras de imaginación, se han de sacar a la escena o tales como fueron o felizmente idealizados. La dificultad de sacar a los nuestros, a hombres cuyos hijos o cuyos nietos viven entre nosotros, es sobrado manifiesta. Idealizar a un personaje histórico no es dable sino cuando lo tomamos de bastante remoto tiempo o de país bastante lejano, para que la distancia, haciendo el oficio que suele, lo vuelva como impalpable y desvanezca las líneas de su imagen. En *Ricaurte en San Mateo* se nos presenta al héroe requebrando a una doncella y gastando ternezas con un hermano. lo que ha hecho que yo, dando a la juventud muy poco patriótico ejemplo, me haya reído cuando he visto representar la pieza, como me he reído al comparar al Ricaurte del drama con el Ricaurte ex-Secretario del Tribunal de Cuentas, de quien me consta por tradi-

ción de familia y por cartas tuyas que poseo, que no era, ni con mucho, hombre de andarse en semejantes niñerías, y que de más a más era casado *in facie ecclesiae* con la señora doña Juana Recamán, a quien casi alcancé a conocer.

Pero esta cuestión relativa a las fuentes históricas del drama, es baladí. El drama, tal como se le concibe y se le escribe en nuestros tiempos, no es histórico sino accidentalmente. Hoy lo que importa es tomar una pasión, ponerla frente a frente con otra pasión o con el deber y la conciencia; hacerles librar combate, y presentar al cabo un vencedor y un vencido. ¿Qué interesa que la pasión y su adversario estén encarnados en un lapón rudo o en una damisela parisiense? Si se ha de pintar el carácter de una doncella que arriesga su vida por la salud de su pueblo, ¿de qué sirve que ésta se llame Judit o Carlota Corday o Natalia o Dolores? El punto finca en que el carácter se pinte y se sostenga bien. No niego que hace gran prueba de su ingenio el que saca a las tablas un personaje histórico y acierta a figurarlo tal como debió ser; pero ese mérito es independiente de la belleza que con peculiaridad exige la poesía dramática. Menos negaré que entre lo que se ha escrito en lo antiguo y en lo moderno haciendo aquella prueba, hay obras inmortales; pero todas ellas han sido hijas del genio; y así como el genio no sigue reglas, no puede deducirse reglas de lo que hace el genio.

En los orígenes del teatro griego, la poesía escénica resumía en sí la religión, la historia y toda la demás literatura; y de ahí vino el sacar a la escena personajes y hechos mitológicos o históricos. Luego por espíritu de imitación se siguió observando la misma práctica; y no hacía todavía un siglo que los que aspiraban a sobresalir como dramaturgos no se conformaban con bajar a la sepultura sin haber compuesto un Fedra o un Edipo, o siquiera alguna pieza que llevara el nombre de un héroe que hubiese florecido del siglo xv para atrás. A los clásicos antiguos se les debe imitar en todo: hasta en el cuidado de elegir asuntos acomodados al gusto, a los conocimientos y a las costumbres de la época para la cual escribían.

Por el prurito de imitarlos sin discernimiento se han malogrado acaso los esfuerzos de algunos ingenios que han empleado en dar formas dramáticas a sucesos históricos, los talentos de que habrían podido hacer mejor uso si hubieran buscado en su propia fantasía los asuntos de sus obras. Muchos son los que han caído y los que caen todavía en el error de figurarse que un grande y peregrino suceso, sólo por serlo, es argumento para drama.

¡Cuántos, así alucinados, han bregado por añadirle al suceso escogido, atropellando la historia, antecedentes, circunstancias y consecuencias que den materia para llenar tres o cinco actos! Los que caen en esa alucinación se parecen a ciertos poetas cándidos que creen haber encontrado asunto para una composición, cuando lo que han encontrado es un título.

Los argumentos para la comedia pueden hallarse aquí como se hallan dondequiera que haya hombres, porque allí habrá vicios y risibles flaquezas. Y así como el ejemplo de los que han compuesto

dramas y tragedias sobre asuntos nuestros confirma lo que de los tales tengo dicho, el de varios de los que han escrito comedias sobre hechos y costumbres nuestros, demuestra que la elección de argumentos de esta clase puede ser acertada. Díganlo las ya citadas piezas del señor Samper y de Vargas Tejada, *El espíritu del siglo* de J. Manuel Lleras, y otras de que no haría caso omiso si por su brevedad no diesen a conocer que sus autores mismos las miraron como meras travesuras.

Hay quien atribuya la pobreza de nuestro teatro nacional a que, no favoreciendo Melpómene y Talía sino a los hombres de ciertas razas o naciones, a nosotros nos han tocado sus desdenes, no obstante que somos de la progeñe de Lope, de Calderón, de Tirso, de Moreto, de García Gutiérrez, de Hartzenbusch y de Bretón.

Ni aquello es extraño ciertamente, pues vemos que no hay nación favorecida con todas las dotes intelectuales, y que varias se distinguen de algún modo señaladísimo por alguna de éstas. De ello dan buen testimonio la moderna Italia, única en lo que concierne a las Bellas Artes; Francia, maestra universal en lo tocante a la novela; Alemania, cuna de aquellos pacientes analizadores que tan raras veces se ven imitados; España, que dio al mundo más escritores ascéticos sublimes que todas las otras naciones los han dado medianos.

Y, para impugnar estas afirmaciones, no se nos cite a Manzoni a fin de presentar a Italia como propicia para la novela; ni a Bello para hacernos pensar que Venezuela es tierra de filólogos; ni a Longfellow y a Bryant, para hacer pasar a los Estados Unidos como semillero de poetas líricos. También de la Beocia salieron Píndaro y Corina; y de la patria de Calderón salió Comella.

Causará quizás maravilla a los pocos avisados el que, siendo fruto silvestre y abundante de nuestra tierra la poesía lírica, escaseen tanto en ella las disposiciones que la dramática requiere. Estos dos géneros son esencialmente diferentes. La lírica puede ser, y es con frecuencia, brote fácil y espontáneo del talento solo, y a veces del solo sentimiento. Ahí están para hacerlo patente las coplas populares, capaces a menudo de hacernos llorar como las elegías que se han acompañado con liras de oro, o de regocijar apaciblemente el ánimo como las odas de Anacreonte. Ahí están, asimismo, mil composiciones de ignorantes que hallan eco en todos los corazones. La poesía lírica es como los árboles y las flores silvestres, que compiten en belleza con los que engalanan los vergeles. Pero la poesía dramática es como una planta que no se desenvuelve ni prospera sino en determinado terreno y a favor de esmerado cultivo. El del arte escénico exige, si ha de hacerse con lucimiento, ciencia y meditación, y consiguientemente dilatados desvelos.

Y he aquí otra causa de lo raro y de lo difícil que es producir aquí obras teatrales. Las necesidades de la vida pública y las de la vida privada nos atafagan y no nos permiten vacar a doctas y serias tareas; y así, si sentimos que de nuestra mente rebosan las ideas, nos desahogamos apenas escribiendo artículos y poesías líricas.

Todos asienten a que la dramática requiere profundo y dilatado estudio; pero no falta quien sustente que el que se haga en el teatro mismo puede suplir y aventajar al que hace un escritor en su gabinete sepultado entre libros. En confirmación de este aserto puede aducirse el ejemplo del príncipe de los trágicos ingleses, el de Tamayo y Baus, y el de otros ciento que trabajando en el teatro han aprendido a trabajar para el teatro.

No es, pues, la menos plausible entre las opiniones expuestas la de que, si tuviésemos actores, tendríamos autores. Y yo me decidiría por ella si no ocurriera la objeción arriba apuntada de que en otros países americanos, sobrando quien represente, falta siempre quien escriba.

Ojalá que muchos paisanos nuestros confundan a los que discurren que aquí se carece del talento especial para el arte de que he tratado. Ojalá que demuestren prácticamente que podemos competir con España y con Francia en el menester de surtir la escena colombiana de piezas dignas de nuestro culto y mal contentadizo público.

La Academia Colombiana celebra hoy dos importantes actos, y muy de propósito los ha reunido a fin de que el uno dé solemnidad al otro, y de que ambos la den al aniversario de la fundación de esta ciudad. Festeja, como de costumbre, la fecha de su inauguración y recibe entre sus individuos de número al señor don José María Samper, de cuyas luces, de cuyo amor a las letras y de cuya insigne laboriosidad espera poderoso auxilio en las tareas que le incumben.

Concluyo dando a la Academia cordial enhorabuena por la adquisición que hoy hace, y bendiciendo a la Divina Providencia, que ha sido servida de permitir que celebremos el presente aniversario sin enlutar ninguna de las sillas que hemos visto ocupadas en los diez últimos.